



+ Roma, 17 de Diciembre de 2008

Queridas Hermanas:

Sólo unos pocos días nos separan todavía de la Navidad. Difícilmente haya otra fiesta que toque nuestra mente y nuestro corazón tanto como la Navidad. Los adornos navideños y los villancicos contribuyen a esta atmósfera que toca nuestros sentimientos y afectos, y todo esto puede ayudarnos a abrir nuestro corazón al misterio de la Encarnación. Pero en nuestra sociedad, la Navidad es con frecuencia una mercancía. Se ha convertido mas bien en una fiesta de consumo. En vez de un tiempo de contemplación durante el Adviento, las semanas anteriores a la Navidad son muchas veces frenéticas y estresantes. Durante la fiesta misma, muchos se sienten vacíos y agotados. Las encuestas confirman que un buen número de personas no saben ya lo que es la Navidad.

Pero Dios lo sabe. Él viene a recuperar su imagen en nosotras. Por ello, Jesús se deja enviar por el Padre y viene como un niño para estar muy cercano a nosotras. “¿Quién puede entender este misterio?”, cantamos en uno de los himnos navideños. ¡Cuánta dinamita podemos encontrar en la narración de Lucas sobre el nacimiento de Jesús! “Mientras se encontraban en Belén, le llegó el tiempo de ser madre; y María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue.” (Lucas 2,6-7) Y San Juan dice sin ambigüedades: “Él vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron.” (Jn. 1,11) ¡No lo aceptamos!

¡No hay lugar para Dios – salvo en un pesebre! El Hijo de Dios entra en el mundo en un establo. El arte del rito oriental ubica el nacimiento en una gruta. Ambos términos son correctos. Los establos alrededor de Belén estaban generalmente cavados en la roca y se veían más como una cueva; podemos deducir que el pesebre fue una simple alcoba en una de esas cuevas. La pintura de Annegert Fuchshuber que elegí para esta carta, muestra un establo-cueva. María con el Niño y José yacen en la esquina del establo, donde un burro les da algo de calor. Una suave y cálida luz fluye por la derecha dentro del pesebre e ilumina toda la habitación. Al mismo tiempo, crea un contraste evidente con la figura oscura del pastor. Sin embargo, esta luz no lo penetra sin piedad. “Cerca del Divino Niño todo lo que está sucio y roto, lo marginado y desdeñado, pierde su mal aspecto. Cristo les da una nueva dignidad y los transforma por su amor.”(P. Anselm Grün) Toda la actitud del pastor muestra admiración, adoración. La mujer y el niño permanecen con reverencia fuera del establo. Así pues, los pobres y parias, aquellos marginados por nuestra sociedad, son los primeros que pudieron ver la gloria de Dios porque le abrieron sus corazones (Cfr. Jn. 1,14).

María con el Niño y José están en el lado oscuro del establo; sólo les llega un poco de luz. El artista expresa con ello una profunda verdad teológica: El Hijo de Dios dejó la gloria celestial. “Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres.”(Fil 2, 6.7). “El corazón de Dios, durante la Nochebuena, se inclina hacia el pesebre: la humildad de Dios es el cielo. Y si nos acercamos a esta humildad, entonces tocamos el cielo.” (Papa Benedicto XVI)

¡El profundo psicólogo Carl Gustav Jung dijo una vez que nunca deberíamos olvidar que Cristo nació en un establo! Esto nos indica que Dios sólo puede nacer en nosotras cuando miramos con valentía nuestro “establo”: todo lo que no está claro, lo que está en desorden, al caos en nosotras, nuestros lados sombríos, todo lo que tratamos de reprimir, lo oscuro y desagradable en nosotras. “Dios quiere nacer

justamente allí, donde está todo nuestro “estiercol”. No podemos ofrecerle una habitación limpia, sino el sucio establo de nuestro corazón. Eso es vergonzoso, pero nos libera de la ilusión de que nosotros hemos merecido el nacimiento de Dios. Dios quiere nacer en nosotros simplemente porque nos ama, no porque podemos mostrarle algo que hemos alcanzado... Puedes confiar en que puedes ser un hogar para Cristo así tal como eres.”(Fr. Anselm Grün) Navidad es la promesa de que Dios hará florecer su vida divina en medio del caos de nuestro establo.

¿Cuál es nuestro establo? Aquí una historia sobre San Jerónimo. Siendo joven, decidió vivir en el desierto. Pero luego de corto tiempo cayó en depresión. Cuando se encontraba en el estado más bajo de su depresión, Cristo se le apareció y le preguntó: “Jerónimo ¿Qué me das?” Jerónimo enumeró todo lo que quería entregar al Señor: la soledad del desierto, ayuno, vigiliyas y muchas cosas más. El Señor le agradeció cada vez, pero siempre de nuevo agregó: “¿Y qué más me das?” Finalmente Jerónimo ya no pudo seguir contestando; había ofrecido todo y Jesús seguía sin contentarse. Jerónimo se sentía impotente y triste. Pero Jesús lo miró con amor y le dijo: “Has olvidado una cosa, Jerónimo. Dame también tus pecados para que yo pueda perdonarlos.” Eso es lo que el Señor quería: entrar en el “establo” de Jerónimo. En todas sus respuestas Jerónimo se había presentado a si mismo, sus logros. Sin embargo, al experimentar el perdón, el foco estuvo puesto en Jesús y su mensaje, y Jerónimo se convirtió en receptor.

¿Qué respuesta le daremos a Jesús? Dios no quiere nuestro esfuerzo independiente, con el cual no podemos de todas maneras salvarnos. Vayamos pues al establo con la humildad de los pastores. ¡Toquemos la humildad de Dios, el corazón de Dios! Pidámosle que el olor del establo – San Pablo lo llama el aroma de Cristo (cf. 2 Cor 2,15-17)- permanezca perceptible en nosotras. “Cuando la gente percibe este olor, sabe de dónde venimos, adónde pertenecemos, de qué y cómo vivimos, con qué vivimos, con quién estamos relacionados. Nuestra unidad con Cristo debería ser tal, que nada pueda acabar con ella. Quizás el saludable olor del establo del Hijo del Hombre y nuestra fe personal, que no se avergüenza del establo en el que el autor de nuestra fe ha nacido, sea ideal para minimizar e incluso para poner fin a nuestra comodidad y agitación. ¡Que podamos ser reconocidos como cristianos por el distintivo “olor” cristiano y eclesialístico!” (Obispo Franz-Josef Bode)

Quiero concluir con una breve oración de la Madre Paulina, que de algún modo – en el lenguaje de su tiempo – sintetiza lo anterior: “Jesús, ¿quién hubiera creído que Aquél que se proponía someter todo el mundo a si y su doctrina, naciera en un establo, fuera puesto en un pesebre?... Cristo y el mundo estarán siempre en contradicción; lo que el mundo exalta, es nada para Él; lo que Él estima, el mundo lo desprecia. Por lo tanto, decide con quién quieres estar.” (Retiro 1846)

Informaciones:

- En primer lugar quiero darles las gracias por sus oraciones durante mi estadía de dos meses en Uruguay y Chile. En Montevideo pude acompañar a las Hermanas cuando la Casa Madre fue entregada al Obispo de la Diócesis. Muchos amigos participaron en la última Misa. Después la Hna. María del Rosario entregó la llave al Obispo. Fue un momento conmovedor, marcado por el dolor de la despedida y al mismo tiempo, por la profunda gratitud hacia Dios por todas las bendiciones que tantas Hermanas experimentaron allí durante más de 80 años. Las Hermanas de la Casa Madre forman ahora una comunidad con las Hermanas del Colegio *Inmaculada Concepción* y la casa para las Hermanas ancianas *Betania*. Ellas eligieron un nuevo nombre: Convento *María Inmaculada*. La ex Casa Madre servirá, como dijo el Obispo durante la homilía, como casa de oración, silencio y adoración, por lo que las Hermanas están muy agradecidas.
- También quiero darles las gracias por todas las felicitaciones para mi cumpleaños, especialmente por las oraciones y Santas Misas. Que el Señor les recompense todo abundantemente.

En la alegría de la venida del Señor que se acerca, las saludo junto con todas las Hermanas de Villa Paolina,

Su agradecida *Sr. Adalberto*